

El pensamiento y las creencias de César Vallejo

Ser y debe ser

Hacia fines de los años sesenta, cuando los estudiantes norteamericanos se planteaban rigurosas preguntas sobre brumosas ideas que empañaban el horizonte político de aquella época en crisis, me encontraba yo en una gran universidad de la zona central de los Estados Unidos que geográficamente se suele llamar *Midwest*. Recibí un día la invitación de asistir a una hora de clase en que sería analizada una poesía de César Vallejo por una profesora argentina que dictaba un curso de literatura hispanoamericana para estudiantes graduados. En el pequeño salón había un puñado de estudiantes, ansiosos de penetrar en la obra y el pensamiento del gran poeta peruano. Según el método de la catedrática, egresada de un instituto de profesorado de la provincia de Buenos Aires, los estudiantes tenían que hacer un «taller» analítico. Recibimos todos sendas fotocopias de un poema —cuyo título lamentó no recordar ya— que los jóvenes estudiantes comenzaron a leer verso por verso, debatiendo entre ellos las posibles interpretaciones de cada uno. La profesora, que gozaba de mucha reputación —había obtenido su doctorado en letras hispanas en aquella misma universidad del Midwest—, no quiso intervenir ni un instante en las controversias y dejó que los estudiantes se agotaran en discusiones. Pero ya se aproximaba el fin de la hora de clase y todos pidieron, con desespero, el fallo de la maestra. Sobre todo había una pregunta que atormentaba a esa pesada sazón, «¿Cuál era el mensaje del poeta?».

La profesora permanecía sonriendo misteriosamente y sólo un minuto antes de acabarse la clase, opinó: «El poeta no quiso decir *nada*». Se encogió de hombros y repitió saliendo del salón, «¡NADA!».

El efecto de ese «nada», perito y socarrón, fue desconcertante entre los estudiantes que tenían agudizado su espíritu inquisitivo por las duras ráfagas de la tormenta política que les rodeaba; a mí no me satisfizo nada aquel «nada» y me incitó a consultar las obras en prosa —ensayos y otros testimonios— del poeta.

Ya se reconoce que la poesía de Vallejo marca una ansiedad peculiar, fuera de los moldes conocidos, y un mensaje jaculatorio para aquella primavera venidera de la humanidad:

El poeta emite sus anunciaciones [...] insinuando en el corazón humano, de manera oscura e inextricable, pero viviente e infalible, el futuro vital del ser humano y sus infinitas posibilida-

des. El poeta *profetiza* (lo subrayado es nuestro) creando nebulosas sentimentales, vagos protoplasmas, inquietudes constructivas de justicia y bienestar social.

(en *Profecía y creación o el Adivino y el Trabajador*.)¹

César Vallejo fue, tal vez, uno de aquellos casos extraordinarios en que un poeta traspasa irremisiblemente los límites nacionales impuestos por su lengua o su patria, en sincera búsqueda de universalidad. Al transferirse del Perú a París (1923) cambió no sólo de meridianos geográficos, sino también de meridianos mentales. Sintió que nunca iba a volver a su patria y que, a pesar de sus dolencias físicas o bien por esas mismas, quedaría para el resto de su vida en París:

Me moriré en París con aguacero,
un día del cual tengo ya el recuerdo.²

Se integró a la vida intelectual europea y adhirió, especialmente, al amplio movimiento de los intelectuales que apoyaban la recién nacida Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Conviene recalcar que su esposa, Georgette Vallejo, señala³ una crisis interior del poeta cuando éste exclamó, en el primer semestre de 1927: «*Tout ça, ce n'est ni moi ni ma vie!*». Conociendo su vida íntima, su esposa nos informa:

Vallejo reflexiona, se interroga. ¿Hacia dónde va? ¿Cuál es su contribución a la vida de los hombres? Inquietud indefinida y primeros síntomas de la profunda crisis que pronto lo afectará gravemente (1927-28). Crisis moral y de conciencia indubitablemente, ya que es a raíz de ella que Vallejo entrevé haber detectado la causa de su agudo malestar: el alejamiento y la ignorancia de los problemas que más atormentan a la humanidad avasallada y sufriendo en la cual vive. No obstante, se resiste a ver en el marxismo la solución a tan numerosos males, secularmente pretendidos insolubles e irremediables, aunque, por otra parte, sospecha y presiente que un sistema enteramente nuevo, y no por azar unánimemente rechazado por los explotadores y los prepotentes, ha de implicar necesaria e ineluctablemente algún mejoramiento por primera vez real, palpable, fundamental para las masas trabajadoras y frustradas. Y Vallejo empieza a estudiar la realidad social y el fenómeno marxista: asiste a charlas y reuniones en las que se exponen y discuten problemas socioeconómicos, lee folletos y libros que tratan de la lucha de clases, de la organización socialista del trabajo, se interesa en los autores y en los filmes soviéticos...

Dentro del tumulto parisiense de ideas y corrientes artísticas Vallejo se mantiene a buena distancia de la tentación cosmopolita. Balzac había escrito⁴ ya mucho antes que «Para quedarse en París hace falta no tener ni hogar ni patria, París es la ciudad del cosmopolita o de los hombres que han desposado al mundo y lo abrazan una y otra vez con los brazos de la Ciencia, del Arte y del Poder.» Vallejo adquiere, en cambio, una mejor perspectiva de su patria: «... voy aclarándome muchas ideas y muchos sentimientos de las cosas y de los hombres de América. Me parece que hay la necesidad de una sola gran cólera y de un terrible impulso destructor de todo lo que existe en esos

¹ En *El arte y la revolución (abreviación en lo sucesivo: AR)*, en César Vallejo, *Obras Completas, IV*. Barcelona, Editorial Laia, 1978, p. 47.

² En su poesía «*Piedra negra sobre una piedra blanca*».

³ En *Apuntes biográficos sobre César Vallejo (abreviado ABCV) por Georgette de Vallejo*. Barcelona, Editorial Laia, 1977, pp. 112-113.

⁴ *Honoré de Balzac*, *Recherche de l'Absolu*, en *Oeuvres, t. IX*. París, p. 492.

lugares. Hay que destruir y destruirse a sí mismo. Eso no puede continuar; no debe continuar. [...] Sin el sacrificio previo de uno mismo, no hay salud posible».⁵

En este período Vallejo no ocultaba su preocupación por su salud física y, en especial, por su confusión ideológica, poniendo de manifiesto su vivo deseo de *hallar su camino*.

«Quizás en Rusia lo halle...» escribe en una carta del 19 de octubre,⁶ día en que emprendía, después de haber pasado el verano retirado cerca de París, su primer viaje a la URSS. Ya había recibido cincuenta libras —nos informa su esposa—, suma que otorgaba el Perú a todo peruano deseoso de regresar a su país, mas él necesitaba poner fin a su angustia y eligió el viaje en dirección opuesta, «guardando la secreta esperanza de fijarse en Moscú...»⁷

Este primer viaje a la Unión Soviética cristaliza su pensamiento y su adhesión política. Al regresar rompe con Raúl Haya de la Torre y con el partido que éste había fundado, el APRA. Por ese entonces, José Carlos Mariátegui había constituido el Partido Comunista Peruano. En París, el 28 de diciembre, se constituyó la *Célula marxista-leninista peruana de París*, compuesta de seis miembros, entre ellos César Vallejo. La «célula» repudia ya desde sus comienzos al partido aprista. Al año siguiente, 1929, Vallejo emprende su segundo viaje a la URSS, de septiembre a noviembre. Tras estos dos breves viajes se fortalece la ideología del poeta y se fragua su militancia política.

A esta época pertenece su interesantísimo cuaderno de notas que el poeta iba a llamar su *libro de pensamientos*, en el que iría a añadir reflexiones personales hasta 1934. Aparecería más tarde, bajo forma de libro, con el título *El arte y la revolución*.⁸ Es para el poeta un libro de «valor sustantivo» y, efectivamente, poco se comprendería de su idiosincrasia y su visión del mundo sin leer y analizar este ideario suyo.

Sin que se le vaya la pluma en vaguedades, César Vallejo enfoca en forma dialéctica la naturaleza y la teleología del pensamiento:

Empecemos recordando el principio que atribuye al pensamiento una naturaleza y una función exclusivamente finalistas. Nada se piensa ni se concibe, sino con el fin de encontrar los medios de servir a necesidades e intereses precisos de la vida. [...] La inflexión finalista de todos los actos del pensamiento, es un hecho de absoluto rigor científico, cuya vigencia para la elaboración de la historia, se afirma más y más en la explicación moderna del espíritu.

[...]

«Los filósofos —dice Marx—, no han hecho hasta ahora sino interpretar el mundo de diversas maneras. De lo que se trata es de transformarlo.»

[...] El finalismo del pensamiento ha sido conservador, en vez de ser revolucionario.⁹

Para Vallejo la doctrina revolucionaria del pensamiento es, por consiguiente, el uso, valor o destino *transformador* del pensamiento. El intelectual revolucionario opera siempre con un pensamiento transformador, creando «obras vitalistas», ya que él «desplaza (¡!)

⁵ En ABCV, op. cit., p. 113.

⁶ *Ibíd.*, p. 114.

⁷ *Ibíd.*, p. 114.

⁸ Véase nuestra nota 1.

⁹ En AR, pp. 11-12.

la fórmula mesiánica, diciendo: "Mi reino es de este mundo"». He aquí en lo que estriba la idea de *militancia* intelectual de Vallejo:

El tipo perfecto del intelectual revolucionario, es el del hombre que lucha escribiendo y militando simultáneamente.

Con la idea *mesiánica* de transformar el mundo «desplazada» en el terreno leninista donde la *tarea central* es «la acción destructiva del orden social imperante», César Vallejo concluye que la misión del escritor revolucionario «debe realizarse en dos ciclos sincrónicos e indivisibles. Un ciclo centrípeto, de rebelión contra las formas vigentes de producción del pensamiento (¿?), sustituyéndolas por disciplinas y módulos nuevos de creación intelectual, y un ciclo centrífugo, doctrinal y de *propaganda y agitación* (el subrayado es nuestro) sobre el medio social.»¹⁰

En el marco de este *consensus audacium* Vallejo ya prevé cómo debe transformarse el mundo, cómo *debe ser* la sociedad del porvenir, porque ya existe el dechado luminoso de la insuperable Unión Soviética. Para alcanzar semejante orden social sólo hay que seguir un movimiento —*jeine Bewegung!*—, el «movimiento salvador de la humanidad»: «El Soviet ha suprimido los desocupados, ... sus aldeas se ven ahora atravesadas por una tupida red de escuelas, bibliotecas, radio, salas de lectura..., etc., etc. ... El Estado socialista se ha hecho un motivo de orgullo, ...»

Y para que el lector de sus pensamientos no se extravíe por vías anarco-sindicalistas o de reformas democráticas, Vallejo puntualiza:¹¹

Ese nuevo orden social, que ha de reemplazar el actual no es otro que el orden comunista o socialista. El puente entre ambos mundos: *la dictadura proletaria*.

Tener la convicción de que una dictadura —cualquiera que sea el adjetivo que le siga— puede *salvar* la humanidad es ya el traspaso del dominio de las ideas al de las creencias, dominios ya establecidos y escudriñados por Ortega y Gasset. Y las creencias viven en capas más profundas del alma y por lo tanto cambian menos y más difícilmente que las ideas. No son nada difíciles de rastrear las *creencias* de César Vallejo a partir de 1929; *ipsissima verba*:¹²

La universalidad de la poesía... será posible el día en que todas las lenguas se *unifiquen* y se *fundan* por el socialismo, en un único idioma universal.

No hay las así llamadas «crisis de conciencia» que invocan los intelectuales... La única crisis es la crisis económica.

En Rusia, se está forjando el tipo del hombre nuevo.

Nosotros vamos atados a un carro que marcha al porvenir. En cuanto a la libertad, ella alcanzará su máxima expresión en la sociedad socialista...

El bolchevismo es el humanismo en acción.

La ciudad más grande del mundo: Moscú. La justicia, el amor universal, etc. (¡sic!).

Todos esconden un revólver contra mí.

¹⁰ *Ibidem*, pp. 15-16.

¹¹ *Ibidem*, p. 16.

¹² *Ibidem*.

Ahora bien, si al enfocar *creencias* de nada sirve argüir, al juzgar realidades el debate es necesario, *de veritate disputandum est*. Con todo el respeto por el poeta, conviene analizar su mentalidad, sus «fantasmas» y anhelos sinceros plasmados en su mente en hechos reales. En su doble calidad de mortal y de poeta, él puede recibir la realidad tal como *es*, pero en la infinitud de su alma toda esta realidad se alambica en aspiraciones de cómo *debe ser*. El escéptico Montaigne afirmaba que no hay nada *bueno* o *malo*, sino que el pensamiento lo califica así. Probablemente este método subjetivo haya sido empleado por Vallejo cuando se refirió a la sociedad soviética y sus «logros». En el fondo él nunca hace un juicio de «bueno» o «malo» en cuanto a sus pensamientos, opiniones, aserciones, *nunca* desmintió nada de lo que dijo anteriormente.

Su actitud ante las cosas que ve en la URSS es de una obstinada justificación hecha según las líneas directivas del Partido Comunista (bolchevique) de la Unión Soviética —más conocido como el PC(b)US—. Justificar conforme al asesoramiento de la Sección de Propaganda y Agitación del Comité Central (CC) del PC(b)US se consideraba cónsono con la dialéctica marxista-leninista, aunque esto significaba despojar al «propagandista» del libre uso de su facultad de raciocinar. Ya sabemos hoy a costa de qué increíbles pérdidas humanas se afianzaba Stalin en el poder durante esos años y parece una desdicha que César Vallejo no haya tenido suficiente información sobre la *realidad* de esa sangrienta era.

En su arsenal de conceptos marxistas-leninistas, todo lo bueno se estaba realizando bajo la égida del *Sóviet*, líder supremo y sabio (Vallejo nunca quiso invocar el nombre del Partido —el PC(b)US— o de su Secretario General, el camarada José Vissariónovich *Stalin*), conforme a lo ya previsto por Marx y Lenin. Por esto, cuando Vallejo toca —insistentemente— la gran cuestión de la *sociedad perfecta* su pluma se enciende y sus palabras se animan con extraño fuego, recalando que *esto* es lo que todo el mundo *debiera* aguardar. La nueva sociedad soviética es *buen*a porque satisface los deseos y requisitos de los próceres del comunismo. Pero esta consideración plantea dos problemas muy serios:

— primero, ¿es realmente lo que desearon Marx y Lenin «lo bueno» para toda la humanidad?, y

— segundo, corolario del primero, ¿«lo bueno», tal como lo conciben los teóricos marxistas *es* efectivamente lo que las masas quieren o lo que *debe ser* querido por las masas?

Ciertamente, al informarse que una cosa es admirable, se puede declarar que tal cosa ya *es* admirada por todos, o bien diciendo que *debe ser* admirada, aunque no lo fuese en realidad. Con esta duplicidad presente en la mente, se puede afirmar que un informante puede enunciar juicio de valor atribuyendo «lo bueno» a un concepto que él desea o que él quiere que otros deseen. Pero, lo que para unos es miel, para otros puede resultar hiel. Y esto último conduce a una inferencia ominosa bajo una dictadura: para que se alcance lo que *debe ser*, uno tiene que saber lo que (se) *debe hacer* y, especialmente, lo que *no* (se) *debe hacer*.

Por más exasperante e insubstancial que sea la ilación dialéctica del marxismo vulgar que hace Vallejo (*cf.* su «determinismo económico»), es su inquebrantable fe en el concepto de *debe ser* que aniquila todo el discurso seductor en aras del comunismo.

La necesidad de ofrecer una visión totalizadora del pensamiento de César Vallejo nos obliga a analizar la profundidad de sus creencias a fin de determinar si él fue verdaderamente un *agitador* político, un escritor «revolucionario» (tal como se lo auguraba él mismo), o bien que había «abrazado» o arrogado un movimiento político con la esperanza de encontrar una salida de su caos interior.

En 1930, ya expulsado de Francia por motivos políticos, el poeta encuentra su refugio en España, donde descubre suficientes posibilidades para desplegar sus actividades en el campo de la ideología marxista. Da lecciones de marxismo, se inscribe en el Partido comunista español y escribe principalmente prosa y ensayo de índole categóricamente político-social. Entre éstos una novela, *El tungsteno*,¹³ un cuento para niños titulado *Paco Yunque*,¹⁴ redacta su libro de pensamientos *El arte y la revolución* en forma final para publicación, y comienza su libro *Rusia en 1931. Reflexiones al pie del Kremlin*,¹⁵ que se publica en junio de 1931, pero se refiere a las cosas que él vio en la URSS durante sus dos viajes.

Viajes reverenciales a la Unión Soviética hechos por gente de cultura de Occidente se establecían ya como una tradición,¹⁶ y el 15 de octubre de 1931, César Vallejo viaja por tercera y última vez a la URSS, llegando hasta los Urales,¹⁷ pero ya el 31 está de vuelta en Madrid. Sigue para él un período de duros contratiempos editoriales, pese al éxito reciente de su *Rusia en 1931*.

Este libro suyo, uno de los menos conocidos y, muchas veces, evitado por los biógrafos del poeta, es la *historia* o —diríamos— la biografía de sus ideas. Sin agotar el material informativo en el sentido reseco del término, trataremos de enmarcar los pensamientos y las creencias de Vallejo en un contexto humano horizontal y un contexto comunista (bolchevique) vertical. El libro está muy bien provisto de ejemplos que atañen a casi todas las dimensiones sociales y políticas del vasto imperio que el poeta restringe al nombre de un solo país componente ¡y dominante!: *Rusia*.

Rusia, empero, es la «patria» de Lenin, el experimento de las ideas leninistas aplicadas en el gobierno de las masas. Octavio Paz reconoce que:¹⁸

Casi todos los escritores de Occidente y de América Latina, en un momento o en otro de nuestras vidas, a veces por un impulso generoso aunque ignorante, otras por debilidad frente a la presión del medio intelectual y otras simplemente por «estar a la moda», hemos sufrido la seduc-

¹³ César Vallejo, *El tungsteno, Paco Yunque*. Biblioteca Letras del Exilio. Barcelona, Plaza y Janés Editores, S.A., 1984.

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ César Vallejo, *Rusia en 1931. Reflexiones al pie del Kremlin (abreviado en adelante, R)*. Lima, Editorial Perú Nuevo, 1959.

¹⁶ Aparte de los occidentales que quedaban invitados para reanudar el comercio y la ayuda económica, el sector de Agitación y Propaganda del CC del PC(b)US siempre hizo hincapié en atraer a Moscú a los intelectuales que, por preferencia ideológica, podrían ensalzar la vida y los logros de la nueva sociedad. Lo mismo sucedió luego con la China de Mao y la Cuba de Castro. Con las revelaciones de Jruschov, la Revolución «cultural» en China y los testimonios de Cuba, el peregrinaje se dirigió a Hanoi, y luego de la invasión del ejército «victorioso» vietnamita en Camboya, los peregrinos se dirigen a Managua. Consúltese Paul Hollander, *Political Pilgrims: Travels of Western Intellectuals to the Soviet Union, China, and Cuba*. Harvard, 1983.

¹⁷ En ABCV, p. 127.

¹⁸ En *El ogro filantrópico*. México, Editorial Joaquín Mortiz, 1979, p. 260.

ción del leninismo. Cuando pienso en Aragon, Eluard, Neruda y otros famosos poetas y escritores stalinistas, siento el escalofrío que me da la lectura de ciertos pasajes del *Infierno*. Empezaron de buena fe, sin duda.

El peregrinaje a la «Patria de Lenin» o del... «Socialismo (¿?) victorioso» muchas veces regurgitaba a la vuelta no sólo incensadas alabanzas a un régimen que representaba, en el fondo, «la perversión de la gran y hermosa tradición socialista»,¹⁹ sino hasta reflexiones en loor a... la reanudación del espíritu cristiano y la letra del Evangelio.²⁰ Muchos se olvidaron que fue Lenin el que desató el gran terror contra «los socialistas revolucionarios, sus compañeros de armas»,²¹ y el que fundó la Cheka, hoy universalmente conocida como la KGB. Pero hubo también muchos escritores honestos que, aunque viejos miembros de partidos comunistas, mantuvieron un ojo avizor y una conciencia limpia. Sin tratar de contextualizar aquí las polémicas filosóficas de Ignazio Silone —en su *Uscita di sicurezza*— o de Arthur Koestler, y tampoco las de Panaït Istrati contenidas en su trilogía *Vers l'autre flamme* (que Vallejo considera «el panfleto más apasionado y exagerado, pero a la vez el más documentado y minucioso», agregando que las acusaciones contra la URSS del «extraño rumano», bien siendo «rabiosas invectivas», en fin de cuentas «son, en parte, fundadas»), nos limitaremos a parangonar, de vez en cuando, la *Rusia* de Vallejo con el ya celeberrimo *Retour de l'URSS* de André Gide.²²

Ya desde su llegada a Moscú, descrita con poéticos detalles en las primeras páginas, Vallejo se siente arrebatado por ese «burgo, entre mongol y tártaro, entre búdico y cismático-griego (*sic*)» aduciendo que «una tercera parte de la ciudad es ya nueva», con casas de reciente construcción. Y en esto despliega su ardor persuasivo:

¿Su estilo? Un estilo rigurosamente soviético. Sobriedad de concepción, líneas simples, ángulos rectos, material sólido, ingeniería despreocupada del absorbente mito monumental y decorativo de la arquitectura de Occidente. Nada más lejos, por otro lado, de la miseria arquitectónica de las «casas para obreros» que el capitalismo construye —cuatro muros y un techo—, como si se tratase de encerrar en ellas, no ya seres humanos, sino a boyadas de trabajo o ganado de camal. *Las casas proletarias del Soviet* son amplias, confortables, higiénicas. (La cursiva es nuestra.)

En este breve párrafo actúan las líneas generales de la apología vallejana de todo lo que es soviético: *primero*, la defensa absoluta de cualquier realidad —por más intractiva que fuera—, *idea* o hecho que el comunismo ha impuesto a la sociedad, *luego*, la crítica «destructora» de lo homólogo en la sociedad capitalista, y *final* y *apoteósicamente*, la proyección de la URSS y sus logros como dechado y norte a seguir. El formato de este método de agitación y propaganda sigue invariable y obstinadamente a lo largo

¹⁹ En Octavio Paz, op. cit., p. 272.

²⁰ En 1928, un cuáquero inglés, D.F. Buxton, escribía: «In the emphasis they place on the spirit of service, the Communists have taken to heart some of the most important maxims of the New Testament. [...] their society is a more Christian one than ours.» y otro cuáquero norteamericano, Henry Hodgkin, declaraba en 1932: «As we look at Russia's great experiment in brotherhood, it may seem to us that some dim perception of Jesus's way, all unbeknown, is inspiring it...». El decano de Cantorbery, Hewlett Johnson, consideraba la Rusia de Stalin como «singularly Christian and civilized...», en un artículo de Paul Hollander, «The Newest Political Pilgrims», publicado en la revista *Commentary*, August 1985, p. 40.

²¹ En Octavio Paz, op. cit., p. 235.

²² André Gide, *Retour de l'U.R.S.S.* (nfr. trentième édition). París, Gallimard, 1936.

МАССА

Кончался бой — и был убит солдат,
и, подбежав, сказал ему товарищ:
«Не умирай! Ведь я тебя люблю!»
Но тело все мертвело и мертвело.

И два других, склонившись, повторили:
«Не уходи! Воспрянь! Вернись к живым!»
Но тело все мертвело и мертвело.

Десяток, сотня, тысяча, сто тысяч,
на выручку бросаясь, закричали:
«Такой любви — и не осилить смерть!»
Но тело все мертвело и мертвело.

У изголовья встали миллионы
с единою мольбой: «Останься! Брат!»
Но тело все мертвело и мертвело.

И человечество тогда над ним склонилось.
Открыв глаза, несчастный, потрясенный,
труп медленно поднялся
и, первого обняв,
шагнул вперед...

de todo el libro. Lo que necesitamos saber, como lectores del libro, es si lo dicho por el autor es *la verdad*. Comparemos con la opinión de André Gide que, al visitar Moscú varios años después, siente una euforia por el ambiente humano, pero no puede dejar de sentir que «Les bâtiments, à quelques rares exceptions près, sont laids (pas seulement les plus modernes),...»²³

Afortunadamente para el marxismo victorioso, Vallejo no ve «la laideur» de esta ciudad, aunque sea esto la verdad monda y lironda, y deja su pensamiento vagar en coordenadas futuras:

Contemplando el panorama de Moscú, desde una de las torres del Kremlin, pienso en la ciudad del porvenir. ¿Cuál será el tipo de la urbe futura? La ciudad del porvenir, la urbe futura, será la ciudad socialista.

...

No es la ciudad del porvenir Nueva York. [...] Menester es que su producción y consumo se democraticen, se socialicen.

Es muy interesante notar, de paso, que César Vallejo desconocía los Estados Unidos, país que odiaba vehementemente, atribuyendo a la sociedad norteamericana cosas disparatadas como aquella de que «en los Estados Unidos, el progreso de la técnica ha determinado únicamente una cierta socialización del trabajo». Por otro lado, para él existen franceses, alemanes, ingleses pero no existen norteamericanos sino solamente *yanquis*, lo que le coloca entre los más reaccionarios *rednecks*, plantadores blancos del Sur que, desde los tiempos de Lincoln y de la Guerra Civil hasta el día de hoy, llaman despectivamente a los del Norte, *yanquis*; provoca, pues, cierta sonrisa verlo a Vallejo asistir a una conferencia, un debate, en postura de un plantador de Alabama o Georgia, llamándole al conferenciante «un delegado del partido comunista *yanqui* (sic) ante la Komintern». Para los rusos, el conferenciante es un «compañero» que sabe bien explicar los fenómenos de la revolución, pero para César Vallejo, ése sigue siendo un «yanqui» y nada más.

Por lo demás, y fuera de ese síntoma, la mejor información sobre la realidad mundial procede de fuentes soviéticas, siempre fidedignas, que no padecen de protervia. Habiendo así visitado el Instituto Central del Trabajo de Moscú —una de las mejores impresiones que experimentó en la URSS, según él—, el material documental ofrecido le fue suficiente para crearse una opinión:²⁴

Probablemente existen en los Estados Unidos centros técnicos parecidos, pero, *ateniéndome a los informes comparativos y documentos científicos procedentes del examen panorámico de la técnica mundial del trabajo, que se me mostró en aquel instituto ruso, dudo que ningún país capitalista haya llegado hasta ahora al grado de adelanto del Soviet en este terreno. (La cursiva es nuestra.)*

No le resultó nada rara al poeta la respuesta del doctor Goldberg, director del instituto, cuando le preguntó cuál era «el esfuerzo más importante de su laboratorio»:

— La supresión de la fatiga.

²³ En André Gide, op. cit., p. 36.

²⁴ En R, pp. 37-45.

La explicación «científica», basada en varios estudios *yanquis* y alemanes, le parece hartamente convincente, tanto más que el sesudo director se mostraba bien pertrechado de dialécticas marxistas. Así, al explicar el programa de enseñanza para los obreros en aquel instituto, se desliza un propósito que contraría al poeta:

— El principal propósito de nuestra enseñanza consiste en hacer lo más automático posible el trabajo, el cual debe ser ejecutado con el mínimo de raciocinio...

— Es decir, ¿ustedes tratan de convertir al hombre en autómeta, como en los Estados Unidos y demás países capitalistas?

— Sí. La técnica socialista persigue eso que usted dice. [...] El trabajador ha de ejecutar su labor del modo más automático posible. Sus actos deben realizarse por sí solos y no deben costarle ningún esfuerzo de *raciocinio*.

El poeta parece, en ese momento, cambiar de opinión y requiere información sobre algún otro factor nuevo en la «técnica socialista».

— ... el cronometraje. A medida que el trabajo es más automático, se ejecuta con mayor rapidez. La economía de tiempo es más considerable cuanto menos interviene el raciocinio en el trabajo. Esta es ya una verdad primaria.

De aquí en adelante, César Vallejo ya no es un opinante, admite cosas que nunca había sospechado, tal como «la racionalización —aumento de productividad de la máquina con el menor número de obreros— se ajusta en régimen capitalista a leyes intrínsecas y justas de la dialéctica mecánica». Y, por encima de esto, que «la racionalización en el trabajo soviético se desenvuelve... paralelamente a lo que se hace en el trabajo *norteamericano*». Los enredados razonamientos que el doctor Goldberg hace lo dejan al poeta, en apariencia, completamente inerte.

En algunas cavilaciones publicadas en *Contra el secreto profesional* se vuelve a encontrar el aserto de ese doctor Goldberg de que «en régimen socialista, nadie quiere vencer a nadie en competencias del mercado»:

Muerto el capitalismo e instaurado el socialismo, el hombre cesará de vivir comparándose con los otros para vencerlos. El hombre vivirá entonces, solidarizándose y, a lo sumo, refiriéndose emulativa y concéntricamente a los demás. No buscará batir ningún *record*. Buscará el triunfo libre y universal de la vida.

O bien le resulta aplicable a su técnica poética:

«Mi técnica está en continua elaboración» según Mariátegui. Como la técnica industrial y la racionalización de Ford.

César Vallejo da, a esta altura, muestras de cautela y reserva todo comentario para una fecha *sine die* cuando oye al director del Sindicato textil soviético discurrir «con una dialéctica precisa»:

— Nuestro Sindicato es una organización de Estado. Su capital, que es ahora de 36 millones de rublos, es del Estado. Su personal director, administrativo y profesional, está compuesto de funcionarios públicos. Su mecanismo está encauzado y dirigido por razones, intereses y conveniencias de Estado.

[...]

²⁵ César Vallejo, *Contra el secreto profesional*. Barcelona, Editorial Laia, 1977.

— ¿Es una forma de monopolio del Estado?

— Como usted quiera.

Los marxistas del siglo pasado pensaban que con la aparición del socialismo desaparecería el Estado, este amo sin rostro que impera sobre las masas. Sólo que, tal como lo habían ya profetizado todos los teóricos del anarquismo, el Estado se ha hecho omnipotente, un invisible grifo que inspira terror, el «ogro filantrópico» —como lo llama Octavio Paz—. Todos los aspectos de la vida social y económica están en manos del Estado. El Estado decide, da o quita. El Estado soviético tiene un Banco. ¿Un Banco?

Sí. Un Banco. Pero uno solo. El Banco del Estado. [...] Su capital y su administración son del Estado. Sus fines son también igualmente de Estado, [...] Retened, señores gobernantes y banqueros, este rol simple y único del Banco soviético. [...] Dentro del Banco del Estado soviético no hay ni un solo *kopec* de ningún particular, ni nadie saca de él un *kopec* por concepto de utilidades.

Al preguntar Vallejo a un obrero ruso cómo calificaría su vida y qué salario recibía y si éste le bastaba para vivir, la respuesta vino para tranquilizarlo:

— Lo suficiente. Mi vida es sobria, como la de todos mis compañeros, como la del mundo entero en Rusia. El Soviet establece los salarios según las necesidades reales y racionales del proletario. Es el Estado el que crea y dosifica esas necesidades, conforme a las posibilidades económicas de que dispone para fijar salarios. [...] En cuanto a nuestro hijo, que tiene apenas tres años, el Estado se ocupa de él.

La primera impresión, irreflexiva y engañosa, es que la gente se siente satisfecha y afortunada, y que sólo un lego no puede comprender los beneficios de una dictadura de Estado. Pero este Estado había liquidado la sociedad rusa, esclavizado a los campesinos y a los obreros, exterminado a sus rivales políticos, asesinado a sus críticos y, por encima, había creado una nueva clase dominante.

Difícil es saber si Vallejo estaba candorosamente equivocado o cuáles habrán sido sus reflexiones íntimas al declarar que el objetivo del capitalismo de Estado «se patentiza con el *standard of life* actual del obrero ruso, que es mejor y más saneado que el del obrero capitalista», o bien que «el Soviet conduce al porvenir», cuando en realidad conducía al patíbulo. Su fanatismo se pone de relieve al ponerse en contacto, por casualidad, con dos obreros simples, dos ferroviarios, que no formaban parte del itinerario establecido, en su «afán de explorar en lo posible la opinión, estado de espíritu y género de intereses de los diversos sectores sociales rusos...»

— Nosotros no sabemos nada. Somos simples obreros. Nada tenemos que ver con la política.

Me doy cuenta en el acto de que me hallo ante gente reaccionaria. [...]

— ¿Y del Gobierno?

— Eso no nos va ni nos viene... Porque Stalin y sus secuaces son tan déspotas y tiranos como fueron los zares o peor.

— Es la dictadura proletaria.

— No lo sabemos. Lo que sabemos es que la revolución no nos ha traído la libertad, como muchos lo imaginaban, sino la esclavitud más descarada y cínica.

Todas estas palabras displicentes e increíbles tuvo que oír el poeta, turista que ya sabía *la realidad* soviética antes de emprender el viaje, pero él supo encontrar una exculpación:

No hay, pues, que escamotear el sentido histórico y jurídico de las *represiones* del Gobierno ruso, represiones que los enemigos del Soviet exageran y desnaturalizan criminal y tendenciosamente.

Tanta era su fe en el Soviet (o sea el CC del PC(b)US y su Secretario General, camarada J.V. Stalin), que la creencia en esta sociedad superior no se vio en nada menoscabada. Al parecer, el poeta había ya descubierto la raíz del mal —no en los infalibles dirigentes del Partido o la élite de la *Nomenklatura*, desde luego, sino más abajo— en:

... ¡El funcionarismo subalterno soviético!... Una plaga de parásitos y de traidores, de déspotas e ineptos, procedentes en su mayoría de los antiguos cuadros zaristas y de otros sectores extraños (¿?) y hasta enemigos del mismo Soviet.

Y César Vallejo, «escritor sin partido» —como solía presentarse—, da prueba de un alto nivel de conciencia de Partido cuando sugiere:

Realmente, Stalin y sus compañeros deberían extirpar cuanto antes, y *cueste lo que cueste*, una tamaña epidemia social...

Ahora bien, Stalin ya tenía establecido el lema de «la guerra de clase despiadada» y, entre 1928 y 1933, el número de «reaccionarios» (sin distinción de su pertenencia al Partido) extirpados de la faz de la tierra no pudo contarse (aunque datos soviéticos más recientes establecen una cifra mayor de 10.000.000). Mas esto no significa que Vallejo estaba al tanto de esta realidad, como tampoco estaba, en 1934, el escritor inglés H.G. Wells que neciamente declaró después de una entrevista con Stalin: «I have never met a man more candid, fair and honest».²⁶

Puede hacerse un gran debate entre los historiadores del régimen soviético en torno al silencio letal que supo imponer Stalin, pero cabe tenerse en cuenta que ya en el decimosexto Congreso del PC(b)US, que tuvo lugar en Moscú, en 1931, nadie se atrevió a criticar la sabia dirección del Secretario General, aunque el país entero pasaba tremenda hambre. Trotsky ya estaba eliminado y expulsado; era «la Victoria de la línea del Partido». La policía secreta del Partido, la GPU (continuadora de la *Cheka* de Lenin) estaba cazando fervorosamente a los que no tenían las mismas opiniones que Stalin, o sea los *contras* (ya que el que tenía otra opinión, estaba *contra* el Secretario General, *contra* la revolución, en suma era un *contra*). Por veinte años más, el Generalísimo Stalin supo hacer desaparecer muchos otros millones de *contras*, bajo varios nombres: *nepmen*, *kulaks*, anarquistas, oficiales y generales del Ejército Rojo, antiguos compañeros revolucionarios —rusos o extranjeros—, judíos, tártaros, ucranianos, prisioneros de guerra de cualquier nacionalidad y hasta su propia esposa.

El primero en hablar de los campos de concentración soviéticos —que ya existían en la época de los viajes de Vallejo a la URSS— fue el escritor mexicano Octavio Paz en una nota publicada en el número 197 (marzo de 1951) de la revista *Sur* de Buenos Aires. Este texto era el comentario final a una selección de testimonios y documentos sobre esta ignominiosa red de campos de muerte que hoy todavía existe —aún más ampliada— con el nombre de *Gulag*.²⁷ Apenas el 22 de noviembre de 1962 entra en la lite-

²⁶ En Adam B. Ulam, Stalin, The Man and his Era. New York, The Viking Press, 1973, p. 359.

²⁷ Glávnoe Upravlenie Ispravítelno-Trudóvíj Láguerey.

ratura la primera novela de la realidad del *Gulag*, *Un día en la vida de Iván Denísovich* de Solzhenitsyn.

Si es cierto que César Vallejo no sabía nada de las actividades de la GPU, ni de los campos de concentración, no es menos verdad que en sus escritos nos muestra su odio «de clase», su posición de «bolchevique» conforme a la *línea del Partido* y, por tanto, contraria al *anarcosindicalismo* («incapacitado para descubrir el movimiento dialéctico de los hechos sociales. [...] (una) ideología reaccionaria, ...»), fiero con los pordioseros, los campesinos considerados *kulaks* y los pequeños comerciantes llamados antes por Lenin para establecer el Nuevo Período Económico (NEP) o sea los *nepmans* o *nepmen*. «La piedad está reñida con la revolución. La piedad está también reñida con el espíritu soviético» le fue dicho a Vallejo por una *konsomolka*, miembro de la Unión de Jóvenes Comunistas.

André Gide comenta en su libro de viaje:

Et l'on voit se reformer des couches de société sinon déjà des classes, une sorte d'aristocratie... celle du bien-penser, du conformisme...

Comment n'être pas choqué par le mépris, ou tout au moins l'indifférence que ceux qui se sentent «du bon côté», marquent à l'égard des «inférieurs»,... des pauvres. Il n'y a plus des classes, en U.R.S.S.; beaucoup trop. J'espérais pourtant bien ne plus en voir que j'étais venu en U.R.S.S.

César Vallejo estaba admirado igualmente por esta enorme cantidad de pordioseros: «¿Cómo me explica usted semejante plaga en una sociedad como el Soviet?», le pregunta a la *komsomolka*. Y luego ve la «hambruna», la gran hambre que Stalin sostuvo conscientemente para liquidar a los campesinos propietarios de tierra, al hambriento de la ciudad que, junto a la puerta de un restorán, está «triturando un hueso, como un perro. [...] Nunca he visto ojos tan extraños en mi vida. Hay en la cara de este pobre una avidez agresiva, furiosa, demoníaca. [...] Se ve que tiene cólera. Se ve que nos odia con todas sus entrañas de hambriento.» Pero el pensamiento de Vallejo se desvía, bajo la presión de la dialéctica marxista-leninista: «Pienso en los desocupados. Pienso en los cuarenta millones de hambrientos que el capitalismo ha arrojado de sus fábricas y de sus campos».

Merecería hacerse, con toda seguridad, un análisis más profundo de los pensamientos religiosos y morales de César Vallejo. En sus *Poemas en prosa* tiene un despreciativo poema en torno al sentimiento religioso en el ser humano:

Anatole France afirmaba
que el sentimiento religioso
es la función de un órgano especial del cuerpo humano,
hasta ahora ignorado y se podría
decir también, entonces,
que, en el momento exacto en que un tal órgano
funciona plenamente,
tan puro de malicia está el creyente,
que se diría casi un vegetal.
¡Oh alma! ¡Oh pensamiento! ¡Oh Marx! ¡Oh Feüerbach!

y en su volumen *Contra el secreto profesional* (pp. 66-69), hace una desquiciada historia apócrifa de Jesucristo, que «en su casa le llamaban “idiota”, porque, en realidad,

parecía acéfalo». Pero, en el mismo libro (p. 92) declara: «... hablamos de la esperanza cristiana en el más allá: creación formidable de Jesús, que nace de lo más hondo del dolor humano. Después de la guerra, *debería haberse producido* un renacimiento enorme de la concepción cristiana del destino del hombre».

Y, antes de morir, «En un semisueño, el que no era delirio. Abril 1938» (*Idem*, p. 93), cavila:

Me apercibo que lo que decide del valor de una obra no es tanto su alcance puramente intelectual, cuanto su punto de partida moral...

La imagen de la religión es, cierto, un esparcimiento sumo... ¡Oh alma!... ¡Oh pensamiento!... ¡Oh Marx!... Cada una de estas exclamaciones puede representar una fase en la evolución de las ideas de César Vallejo, desde la atmósfera densamente cristiana de su familia, en Santiago del Chuco, que parece que esperaba de él que se hiciera sacerdote, al peldaño de la cogitación, en Lima y París, y más allá, al marxismo que lo empujó hasta Moscú.

Allá, en la capital soviética, entra un día en una iglesia ortodoxa, la iglesia del Salvador, donde ha oído un canto coral religioso. La inusitada descripción que hace de ésta deja percibir una sigilosa compasión por la depredación del templo:

Principiando por el atrio, hasta los recónditos altares y sacristías del templo, se advierten signos de abandono y más aún, trazas de haber sido la iglesia despojada de todos sus tesoros artísticos y litúrgicos. El aspecto material del templo es el de un lugar arrasado por un saqueo o por una mudanza no acabada. Ni tapices ni alfombras. Ni escaños ni reclinatorios. Ni colgaduras ni encajes en los altares. Ni cirios ni flores. Ni efigies ni cuadros. Las hornacinas aparecen vacías. Apenas unos cuantos iconos quedan en el ángulo derecho, a la entrada del templo. Todo ofrece un tinte gris o azul desteñido. Pesa en la plástica de los muros desiertos y de las talladuras de oro falso una desolación infinita.

Pero la escena que luego se desarrolla ante mis ojos es aún más impresionante. A unos cuantos pasos de la puerta de entrada hay un pequeño grupo de gente rodeando un altar improvisado, el único viviente del templo. El altar se reduce a una estrecha plataforma cubierta de un lienzo blanco.

A César Vallejo le resulta sumamente inexplicable el deliquio de los fieles que, rodeando a dos sacerdotes (Vallejo usa para designar a los sacerdotes ortodoxos sola y obstinadamente la palabra despectiva «pope»), «cantan a coro una música sagrada, dolorosa, casi gemebunda». No podemos saber qué es lo que más le impresionó al poeta: ¿sus caras de hambrientos? o ¿sus miradas llenas de angustiosa incertidumbre? Se inquieta bastante el poeta puesto que no parece entender nada... místico.

... Sus voces y sus ojos expresan un terror misterioso, vago, aunque real y viviente. ¿De qué tendrán miedo ahora estos pobres seres, para agruparse y clamar con tanta ansiedad, en torno a los popes, en la iglesia del Salvador, de Moscú? Ellos mismos *no lo saben*.

Queda claro en este punto que el que *no sabe*, involuntaria o voluntariamente, no es el pueblo ruso o cualquier otro pueblo de las doscientas naciones que forman el inmenso imperio. «Estos pobres seres» de la iglesia del Salvador, al igual que decenas y decenas de millones que estaban bajo el telón de acero —Stalin—, tenían un descomunal miedo de la *Obedinnoe Gosudarstvie Politicheskoe Upravlenie*, de la cual el poeta oyó hablar a los ferroviatios con el nombre comúnmente conocido de *Gepeú* (OGPU

o GPU). En cambio, a Vallejo parece que le acude un remoto pensamiento que había puesto en un verso de su juventud:

Hay golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios; ...

Conociendo el tipo de educación escolástica que todavía predominaba en los centros de enseñanza del Perú de la época, algo andaba mal con los conocimientos de ontología de Vallejo, para no ir más lejos. Pero, siendo él un rebelde convertido en marxista-leninista, aquel «odio» de Dios que inspira miedo reaparecía ahora:

¿Temen a Dios? ¿Temen al zar todopoderoso? ¿Temen a los bolcheviques? ¿A la hambruna? ¿A la guerra? ¿Temen a la luz inmarcesible de la revolución mundial? ¿De qué nuevos fantasmas espeluznantes les habrán llenado la cabeza los popes para catequizarlos? Es difícil saberlo. Toda la vida, todo el dolor y todos los dramas y conflictos de su ser profundo se agitan ahora en sus miradas y en sus voces. Y no hay cosa más insondable que el canto y la mirada de los hombres.

César Vallejo emplea en este texto un vocabulario equidistante entre el de la dialéctica estaliniana (todos los textos de Stalin están llenos de preguntas retóricas) y el de su profundo arte poético. Sí, la mirada y el canto de un hombre pueden ser la cosa más insondable, pero no sería tan difícil saber —o contestar la pregunta retórica— que «nuevos fantasmas espeluznantes» llenan la cabeza de los creyentes católicos ortodoxos. En el mismo París donde residía él, solían vivir en la época los dos mayores filósofos rusos, dos ex-marxistas y profesores universitarios en Moscú: *Sergio Bulgákov* y *Nicolás Berdyáev*.²⁸ El primero es fundador de la «sofiología», expuesta magistralmente en su libro *La luz inmarcesible* (*Svet nevecherni*, Moscú, 1917), y el segundo es el autor del «socialismo personalista», teoría que afirmaba que «una sociedad que tiene como meta el desarrollo de egos en personas es una verdadera comunidad, y la relación que existe entre sus miembros es la *comunalidad*» (en ruso: *sobornost*). Berdyáev, como verdadero socialista y buen cristiano, también promulgó el «principio personalista», según el cual «toda persona debe estar en una condición de existencia humana que corresponda a su dignidad humana». Cosas verdaderamente difíciles de aceptar por un bolchevique con carnet de Partido, pero que la herencia aluvional de muchos siglos de vida cristiana ortodoxa hacía muy populares entre las masas del pueblo ruso.

Pero el pensamiento de César Vallejo tenía razones —ideas y creencias— de una mente poética, que la *razón* nunca conocerá. Consideraba, por ejemplo, que en cuanto a las nuevas ideas «revolucionarias» de los artistas y escritores de este siglo:

En Rusia sólo se tiene en cuenta o, al menos, se prefiere, la revolución temática. En París, la revolución técnica.

He aquí toda la diferencia entre revolucionarios y reaccionarios, entre vanguardistas y retaguardistas, etc.

El *superrealismo*, «como escuela literaria, no representaba ningún aporte constructivo» y anduvo aún peor cuando se hizo *anarquista*, «forma ésta la más abstracta, mística y cerebral de la política». Así ataca a Breton (un intelectual profesional, ... un rebelde

²⁸ *Nikolay Berdyáev* (1874-1948) y *Sergeuy Nikoláyeovich Bulgakov* (1871-1944).

de bufete, ... un anarquista de barrio), a Apollinaire, a Tristán Tzara el padre del dadaísmo (¿otro «rumano» extraño?), a Paul Valéry, Pirandello y Ortega y Gasset —en conjunto— (cuyas obras contienen en el fondo, una evidente sensibilidad de gabinete), a Marinetti, inventor del futurismo, y «el patriarcal Tagore», «cuyos clamores y gritos de socorro contra el imperio jupiterino de la máquina, no han podido menos que estremecer el templo fórdico y maldito de la “cultura” capitalista». Y en notas *Del carnet de 1936-37-¿38?* apunta:

«El triunfo de la URSS —dice Gide— permitirá el advenimiento de una literatura alegre. Es desde este punto de vista que la literatura soviética contrastará gloriosamente con la literatura burguesa.»

¿El señor Gide ha reflexionado bien en lo que dice? ¿Se da cuenta de lo que sería, en el futuro, una literatura en que ya no exista el dolor? ¿Admite el señor Gide siquiera sea la posibilidad de una tal mutilación del corazón humano? ¿No cree el señor Gide que el propio reinado exclusivo de la alegría sería el mayor de los dolores que se imponga al hombre? ¡Alegría! ¡Dolor! En todo caso, el señor Gide, al formular su frase, tenía seguramente a la dialéctica *[ilegible]* por la cabeza de su despacho. ¡Muy hegeliano, el señor Gide! Hoy como ayer y como anteaer.

A veces el pensamiento de Vallejo, enajenado por la esencia de la ideología adoptada, enajenación devenida naturaleza, proclama cosas que podrían ser unos ataques a poetas estoicos como Jorge Guillén:

Algunos escritores creen infundir altura y grandeza a sus obras, hablando en ellas del cielo, de los astros y sus rotaciones, de las fuerzas interatómicas, de los electrones, del soplo y equilibrio cósmico, aunque en tales obras no alienta en verdad, el menor sentimiento de esos materiales estéticos.

Otras veces parece adversario de algunos conceptos de Pablo Neruda, o de «la poesía “nueva”» de la generación del 27, que «se distingue por su pedantería de novedad y por su complicación y barroquismo».

Por razones estrictamente ideológicas, muchas veces sugeridas por sus estudios leninistas (o trostkistas o stalinistas) ataca a poetas soviéticos como Block, Essenin, Sobol, Pasternak —todos de la misma calaña que el gran *desaxé* Maiakovsky—. Tampoco Gorky, Tolstoy, Lunacharsky o Plejánov escapan a la crítica partidista.

Resulta obvio, por lo tanto, que al ponerse los catalejos que le prestaron *el Soviet* y sus agitadores, César Vallejo no sólo se pone en postura de militante despiadado, según la *línea del Partido*, sino también ve un reflejo mutilado, invertido e incompleto de la realidad soviética. Al quitárselos por un solo instante, vuelve a ser *el poeta* con todos sus sentimientos profundos invadiendo su pensamiento y su creación. Y concordamos aquí con D.P. Gallagher en que hay un quiebro entre la prosa y la poesía de Vallejo.

En cierto punto, él nos revela *su secreto*:

Me refiero a Hegel y a Marx, que no hicieron sino descubrir la ley dialéctica. Paso a mí mismo cuya posición *rebasa* la simple observación de esta ley y llega a cabrearse contra ella y llega a tomar una actitud crítica y revolucionaria delante de este *determinismo dialéctico*. (La cursiva es mía.)

En su *Dialéctica de la conciencia*, José Revueltas afirma que «La ideología dominante (el compuesto o conjunto ideológico dominante) como sostén espiritual de la realidad

social objetiva, tiene su sustento básico en la inercia del pensamiento...» César Vallejo, que con orgullo afirma en la primera página de un libro suyo «*Fui a Rusia antes que nadie*» (¡sic!), habrá obtenido esa *inercia* de su pensamiento y también la inquietud que tal inercia suscita. Sea como fuere, ecos de sus estancias en la URSS aparecen en los pocos años de vida que le quedaron. Un elemento más quisiéramos añadir a toda la serie de testimonios comentados aquí ofrecidos, para elucidar el origen del título de un volumen suyo de poesías. Una noche, en un teatro de Moscú, asiste a una obra dramática nueva, titulada *El brillo de los rieles*, que trata de la conciencia revolucionaria del obrero bolchevique. Este tiene un hijo y pasa por momentos difíciles en la fábrica, en la producción. Tiene que sacrificar al hijo en el altar del bien colectivo (acaso, ¿alguna similitud con el patriarca Abraham del *Antiguo Testamento*?). El momento es altamente «dramático». El obrero *vacila*. «Lucha todavía. Es la hora» —dice Vallejo— «del sudor de sangre y del “*Aparta de mí este cáliz*”.»

César Vallejo nunca renunció, de hecho, a sus modales de escritor latinoamericano y, en el corazón de la oficialmente atea URSS, creó toda una mitología suya para el uso y provecho del... proletariado (¿mundial?). Menciona en una parte de su libro *Rusia en 1931*, donde hace toda una filosofía del *homo sovieticus*, los nombres de Marx y Lenin, «estos dos creadores de la nueva humanidad». A nadie, antes o después, se le ocurrió tamaña lucubración; espiguemos algunos fragmentos:

(Marx y Lenin) ocupan en el corazón del proletario ruso el lugar que ocuparían dos dioses, de tener el socialismo carácter religioso. Una aureola sobrehumana rodea sus figuras, y no digo divina, [...] Cuidémonos de no mixtificar (*sic*) el sentido de los hechos ni los vocablos que los contienen. [...] Las palabras «divino», «dios», «religioso», «santo» carecen de sentido. [...] Sin embargo, tampoco hay que desconocer la existencia en la revolución socialista de *una nueva mítica* y de *una nueva dogmática*. [...] Los mitos «revolución», «proletariado», «internacional», «capital», «masa», «justicia social», etc., son creaciones directas del sentimiento o instinto económico del hombre, [...] Los dogmas, en la doctrina socialista, proceden [...] de la dialéctica determinista de la técnica del trabajo.

De este modo, la isocracia con que soñaba Vallejo en París cedió a una pseudoidolatría, fenómeno bastante curioso dada la índole de su pensamiento. En lo que a su obra poética se refiere, estos pocos datos extraídos de su prosa ensayística pueden ayudar más que aquel «nada» con que coronaba la hermenéutica del poema vallejiano aquella dama argentina en el Midwest americano.

La presente pesquisa procuró contrapesar las afirmaciones de César Vallejo sobre el marxismo aplicado en Rusia, en la época de la ascensión de Stalin a su trono rojo, con el propósito de presentar un panorama de sus ideas y creencias a fin de dar más relieve a su *carácter*, «esta lucha entre el infinito de un ser y la ubicación suya en un espacio y tiempo circunstanciales». En cambio, el estudioso seguirá *hurgando*, como le gustaba decir a César Vallejo, el misterio de su obra poética. *Ad astra per aspera*.

Paul Teodorescu